

## BIBLIOGRAFIA

JULIO CARO BAROJA. *Sobre la lengua vasca*. Ed. Txertoa. San Sebastián, 1979.

En más de una ocasión hemos puesto de relieve la importancia que tiene este tipo de publicaciones, donde se agrupan artículos sueltos de un autor cuyo acceso resulta frecuentemente difícil por la disparidad de revistas o libros en los cuales vieron la luz un día.

Surgidos los que aquí se reproducen en momentos de enconadas discusiones por los problemas planteados, al releerlos ahora pudieran evidenciarse dos cosas: o la superación de las hipótesis mantenidas o su permanencia.

En el caso que hoy nos ocupa, los años transcurridos no han mermado su valor, sino confirmado su vigencia como base de controversia y estudio. Eso dice mucho en favor del autor.

El equilibrio es una de sus características, además de un objetivismo que generalmente se echa de menos en esta clase de investigaciones.

El prólogo a esta nueva edición hace aún más patente la pervivencia de ciertas hipótesis, dado el medio en que se desenvolvía la vida universitaria en la España de la postguerra. Evocación viva de aquellos maestros, algunos aún actualmente entre nosotros con plena consideración de maestría (Pariante, Tovar, Fernández Galiano, etc.), otros desaparecidos ya, pero tras dejar tal maestría en herencia a la posteridad (Gómez Moreno, Menéndez Pidal, José Vallejo, etc.).

Emocionado recuerdo de Caro a esa pléyade de los entonces «mayores», y comentarios sobre las condiciones en que entonces se trabajaba; dificultades y carencia de medios. Cómo se planteaba la tesis del vascoiberismo. Desciframiento. Desconfianzas...

Y de aquel ambiente surgió el primer artículo aquí reproducido: «Observaciones sobre la hipótesis del vasco-iberismo considerado desde el punto de vista histórico», que apareció por primera vez en la Revista *Emerita* (T. X y XI). Por cierto que su contenido fue expuesto por aquellos años del 40 al 50 en un ciclo de conferencias dadas en San Sebastián.

Y es importante consignar que su cautela de antaño al señalar posibles concordancias entre vasco e ibérico estaba perfectamente justificada, y aunque cree que las hay, «no es cuestión de leer el ibérico a golpe de diccionario euskérico», dice.

Alude a la continuidad de ese quehacer, con los nombres de Untermann, Lejeune, Tovar, y ya más en el terreno vasco, Lafon, Michelena y otros.

A propósito del Bronce de Botorrita, aun admitiendo su carácter indoeuropeo, pone de relieve las enormes discrepancias entre los investigadores, como se vio en el Symposium de Salamanca de 1976.

Caro insiste ahora, como entonces, en que para estos problemas «la lectura de las inscripciones monetales debe ser más tenida en cuenta de lo que en casos es».

El primer artículo coincidió con un momento de resurgimiento apasionado de teorías que llevaban a la consideración del vasco como continuador de lo que se conoce como ibérico, y que habían sido emitidas anteriormente por Humboldt y Schuchardt; el primero de los cuales como continuador de Hervás tiene ya un cierto carácter científico, lo que influiría en la época posterior.

Haciendo un poco tabla rasa de las opiniones expuestas en los últimos siglos, vuelve de nuevo al estudio de los viejos textos clásicos que habían sido interpretados un tanto arbitrariamente, por lo que «la discusión sobre el vasco-iberismo se planteó desde un principio de manera un tanto abstracta» (son sus palabras). Quedan atrás, pues, Garibay, Oihenart (que tanto sirvió a fantasías posteriores), Moret, Poza, Echave, Larramendi y tantísimos más. Hace un buen análisis de las opiniones más o menos disparatadas de quienes se ocuparon de este tan seductor tema (por una parte los defensores del vasco-iberismo y de la lengua vasca como lengua unitaria primitiva de toda la Península, y por otra, sus enemigos más o menos categóricos).

Pasa revista a la labor de Hübner y toma muy en consideración la lectura del alfabeto ibérico dada por Gómez Moreno, que será la consagrada luego.

Afirma la necesidad de aplicar el método histórico para penetrar en el problema lingüístico de la España Prerromana: «todo intento de investigación lingüística debe hacerse contando con la idea de que hay que dar al tiempo y al espacio un sentido concreto, es decir, que hay que partir del examen de lo que ocurre en un área determinada en período determinado, para construir luego cualquier esquema de desarrollo, relacionando un área con un período y otra con otro, una área con otra área y un período con otro período».

Los argumentos que se aducen en la cuestión que nos ocupa hay que examinarlos a la luz de los datos históricos, y a ello se dedica nuestro autor. Creemos que sus razonamientos son completamente válidos hoy, y sería de desear que se siguieran sus huellas, lejos de teorías preconcebidas y de exaltaciones ilógicas.

Juzga de suma utilidad atender a la fecha de expansión del latín, y en la relación del vasco con otras lenguas atender al criterio cronológico. Son de importancia indiscutible, como iniciales, los textos griegos de Estrabón, así como los latinos primitivos (Varrón, Columela) pero no puede prescindirse,

en la romanización, de las lenguas de la Península anteriores al latín. Las referencias de que son varias figura ya en el mencionado Estrabón. Así como las que aluden al carácter distinto de las lenguas de la Turdetania.

Pero Caro resalta siempre la importancia del estudio de la numismática hispana antigua con sus peculiaridades.

Alusión a los celtas del suroeste de la Meseta y a la cuestión de los celtíberos y de los lígures.

Respecto a los pueblos del Norte de la Península (que le será tema al autor para un excelente libro, cuya segunda edición vio la luz estos últimos años) resalta el siguiente párrafo de Estrabón: «Semejante es la vida de todos los montañeses, y, como he indicado, incluyo entre ellos a los que habitan la costa septentrional de Iberia, a los galaicos, astures y cántabros hasta los Vascones y el Pirineo, pues todos tienen las mismas costumbres».

Los Várdulos y su territorio primitivo. Mención de Vascos y Cántabros en textos griegos y romanos. Viejas denominaciones y referencias concretas a la lengua de los cántabros, várdulos, etc., según los escritores antiguos, y alusión a las dificultades que encontraban en la pronunciación de los nombres cántabros, lo cual supone una lengua muy distinta. Testimonios de la situación en Galicia, avalados por citas de varios autores.

El habla de los aquitanos da pie para tratar del primitivismo del vasco en esa zona, contra el parecer de quienes piensan en extensiones medievales. Posición de A. Luchaire sobre el aquitano (acerca del cual después de la publicación de la obra de Caro Baroja apareció, aparte de otros, un interesante artículo de Michelena en la Rev. Pirineos).

Entra nuestro autor en el iberismo de los pueblos de Levante y en el vasco-iberismo en general, ya que la primera parte es más bien la historia de los autores antiguos la que le solicita.

Hipótesis de la existencia de varios alfabetos en la época de la romanización en Aragón y zona oriental (clasificación de Gómez Moreno):

Hace un análisis detenido de las supuestas desinencias de la declinación ibérica de Schuchardt (que englobaba elementos heterogéneos y que se fundó en las inscripciones monetales según la lectura de Hübner) aplicando ya la del mencionado Gómez Moreno, y dando mayor valor a Vives en lo referente a las monedas. Estudio de áreas geográficas y casos. Lista de cecas que puede tener gran valor para el esclarecimiento del problema lingüístico que le ocupa.

La declinación céltica. Hipótesis de que los celtíberos del Este y del Nordeste de la Meseta tuvieron un habla de estructura céltica, y en cambio el norte de Aragón y Cataluña desde el punto de vista lingüístico tendrían conexión con lo vasco, quedando zonas como Calahorra de influencia mutua.

Referencia al manejo del ibérico por Gómez Moreno y Pío Beltrán con relación al vasco sin demasiada atención a determinados principios lingüísticos.

«¿En qué estado queda la hipótesis del vasco-iberismo una vez visto que al comenzar los romanos su acción en el Sur no había unidad lingüística y que en el Norte tampoco la había, una vez que hay que deshacer en parte considerable no ya los sistemas de Larramendi y Hervás, sino también los de Humboldt, Hübner y Schuchardt?».

Analiza luego los nombres del Bronce de Ascoli y queda a la expectativa acerca de cómo se descifren las inscripciones del litoral mediterráneo del Ebro hacia el Sur (Alcoy, Castellón, Liria). Escepticismo respecto a la famosa de Liria (GVDVA DEITZDEA?) y otras.

Alude a la latinización del norte y del centro atendiendo siempre a las referencias contenidas en los autores latinos.

Después de planteamientos de método muy serios, concluye con la afirmación de que el vasco-iberismo no es más que una hipótesis de trabajo, aun cuando a veces parezca lógica. Ahora bien, son de valor sumo para emprender un estudio serio las sugerencias que hace el autor, que se mueve siempre en una objetividad muy poco frecuente en quienes se ocupan de la lengua vasca y sus posibles relaciones.

El atender fundamentalmente a los textos de autores griegos y romanos, a las alusiones en autores medievales, a la epigrafía y numismática, a las áreas de distribución y contacto, al análisis interno y externo de posibles relaciones, hace que este trabajo, a pesar del tiempo transcurrido, y de las aportaciones que hemos tenido de otros investigadores, se mantenga con una vigencia difícil de hallar en estos terrenos. (¿Dónde quedan las hipótesis camíticas, caucásicas, etc. que «emborracharon» a más de uno en tiempos aún recientes?).

El segundo artículo del volumen lleva por título: «La geografía lingüística de la España antigua a la luz de la lectura de las inscripciones monetales».

Podríamos considerarlo como una continuación del estudio anterior.

Para una crítica de conjunto de las teorías sobre la cuestión ibérica considera de utilidad tres tipos de datos: lingüísticos, antropológicos y culturales. Vuelve a insistir en el valor histórico y geográfico del material monetario utilizado, recogiendo las conclusiones de varios autores empezando por Antonio Agustín.

Ofrece la lista de letreros del Monetario del Museo Arqueológico Nacional sobre todo, con las correspondientes inscripciones agrupadas en series, dándonos en la medida de lo posible, el nombre equivalente registrado por los autores antiguos, con una localización aproximada de las cecas, y la hipótesis de otras equivalencias deducidas tras un análisis minucioso y comparativo de los nombres que aparecen en las monedas, que son sin duda un elemento lingüístico de gran valor, superior evidentemente a una inscripción individual, porque aquellas responden a la existencia de un grupo social y de una lengua, y también es posible descubrir a través de ellas la existencia de más de una de ellas en el material llamado ibérico.

División en varias regiones por el análisis de las desinencias.

Aparte de lo ibérico, se fija, para terminar, en otros caracteres que lo separan de lo céltico (p. ej. desinencias), y que parecen incontrovertibles.

En los dos mapas que comprende el artículo queda señalado el estado lingüístico de una época concreta de forma bastante verosímil. «No vale poner las fronteras lingüísticas con arreglo a los límites tribuales marcados por Ptolomeo u otros autores. Hay, evidentemente, zonas en las que parecen mezclarse los pueblos en proporción rara».

Al aparecer elementos de tipo céltico y precéltico en territorio navarro meridional, así como en Vizcaya, el problema vasco ofrece nuevas dificultades a resolver.

Señala la diferencia entre los pueblos del este (ibéricos) de la Península y los actuales del Pirineo occidental. Límite de los dialectos ibéricos y de los vascónicos. Insistencia en que los hechos culturales y lingüísticos deben ser estudiados independientemente, sin prejuicios.

Gran oscuridad en estas cuestiones lingüísticas, por ser «muy pocos los rasgos positivos que contribuyen a determinar los caracteres fundamentales del habla o hablas ibéricas».

El último de los tres artículos del volumen que reseñamos es «Sobre el vocabulario de las inscripciones ibéricas», y vio la luz por primera vez el año 1946, en el vol. XXV del Bol. de la Real Academia Española; un poco posterior, por tanto, a los anteriores.

Intenta establecer concordancias entre el vasco y las inscripciones, a base de una observación externa en un esbozo comparativo. Analiza para ellas los Plomos de Alcoy, Mogente, Castellón, Liria, la inscripción de Tarragona, monedas, así como el Bronce de Ascoli, etc.

Estudia una serie de elementos que provisionalmente llama sufijos nominales (*-tin*, *-din*, *-etar*, *-edar*, etc., etc.), comparando los testimonios y buscando una posible relación con el vasco, con impugnaciones a P. Beltrán. Opiniones sobre el sufijo *-ko*, *-ban*, *-beles*, etc. Conexión posible del último con aquitano *Belex(conis)* y vasco *Bela(sco)*; aparte de otros ejemplos que se acercan al mencionado aquitano.

Particulariza sobre «Aretace» y la lectura de las inscripciones funerarias y ciertos atisbos vascos.

Sugiere un intento de interpretación del material escrito de Liria teniendo en cuenta las escenas a las que acompañan. Anomalías del enigmático Plomo de Alcoy.

Termina el artículo con una relación de términos vascos e ibéricos comparativamente, si bien insiste en la gran cautela que ha de observarse. Testimonios de Schuchardt y Uhlenbeck. Nuevas consideraciones acerca de la polémica inscripción de Liria, antes mencionada, a propósito del sufijo *-tu*.

Notemos sus palabras: «Observando las desinencias más frecuentes en los nombres de las monedas hispánicas no hay gran cantidad que indique estrecha relación de ellos con los de pueblos vascos».

Alusión a Schuchardt en uno de sus sugestivos artículos «en que estudia ciertos nombres de lugar hispánicos que vienen a significar lo mismo en latín, en celta y en una lengua que podría ser el «ibérico», pero también *otra*».

Problemas etnológicos en la España antigua. Tesis sobre ligures, ilirios y celtas.

Frente al entusiasmo por determinadas teorías, termina diciendo: «Mientras las investigaciones del tipo de las que nos ocupan no se desembaracen de ciertos prejuicios pseudocientíficos provocados por los descubrimientos sensacionales de comienzos del siglo XIX, de cierto biologismo esquemático y de viejas nociones antropológicas y arqueológicas harto elementales, no se adelantará gran cosa».

Y la verdad es que después de los años transcurridos desde la publicación de las primeras ediciones de estos trabajos en las Revistas correspondientes, podemos decir que aún continúan teniendo vigencia, y los creemos un buen punto de partida con toda la garantía que la objetividad del autor les proporciona.

Esperemos que este campo encuentre cultivadores; aunque la labor es árdua, la cosecha puede ser prometedora.

Sólo cuando los prejuicios y las teorías preconcebidas pasen a un segundo plano para quedar en los hechos escuetos, habrá avanzado la investigación en estos terrenos, ya de por sí enormemente complejos.

Manuel AGUD

JUAN GARMENDIA LARRAÑAGA, *Gremios, oficios y cofradías en el país vasco*. Ediciones de la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, 1979, 322 pp.

Nuestro querido amigo Juan Garmendia Larrañaga, conocido escritor y gran etnólogo vasco viene de obsequiarnos con una nueva e interesante producción de su entendimiento y eficacia relacionada con las antiguas corporaciones gremiales, dada a luz por la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa.

Se trata de un trabajo de investigación que con todo entusiasmo ha dispuesto para ofrecernos un libro que figura dedicado a su amigo don Pedro Elósegui Irazusta, estudioso de la historia de la villa de Tolosa.

La obra contiene noticias, muy completas, sobre los Gremios y sus ordenanzas, estando estructurada con capítulos dedicados a la Sociedad rural; a las constituciones de la Cofradía de San Isidro de la villa de Lumbier, de 25 de abril de 1825; a la industria y el comercio de Guipúzcoa, en los siglos XVIII y XIX; a la importación y exportación; al pasado de las industrias de alfarería, curtido y sombrerería en Guipúzcoa; al intervencionismo económico; a las Cofradías y Gremios; a las Cofradías de pescadores; a los

gremios y el régimen foral; a los contratos de aprendizaje de cantero, espadero, ensamblador, barquinero, sombrerero, carpintero, chocolatero y confitero, tejedor y curtidor, con la prueba de las cartas de pago y de examen de los oficios.

En la misma forma hábil y clara, siguen las partes aplicadas a los documentos de la naturaleza de trabajo, que concluyen con la exposición de un convenio suscrito por los cesteros de Oñate el año de 1846; a la actividad armera y su organización gremial; a las Cofradías (Armeros-Tolosa) de Santa Bárbara, instituída en la iglesia parroquial de Santa María, en 1630, y la de San Antón de Legarda y Nuestra Señora de la Antigua del lugar de Mendiguren (Mulateros), de 1537; y a la de San Crispín y San Crispiniano (Zapateros), Tolosa, en 1616.

El asunto se completa con unos Apéndices de la Cofradía de San Antón de Tolosa, que Urbano Papa consideró en Roma, en 1641; con las constituciones de la Cofradía de San Antonio Abad de la misma villa de Tolosa, y las añadidas en 1692 y 1709, y el inventario de la Armería Real de Tolosa del año 1645, según una copia transcrita que el inolvidable amigo Sebastián de Insausti sacó del Archivo de Protocolos de Guipúzcoa (Tolosa).

En el conjunto se incluyen también otras notas y documentos inéditos, de los cuales Garmendía Larrañaga ha extraído notables consecuencias, reconstruyendo la vida interior de los gremios. En este sentido su trabajo resulta valiosísimo, porque hasta ahora no se había expuesto el tema en una monografía.

Aunque para su estudio ha utilizado algunas fuentes de bibliografía retrospectiva, lo fundamental procede de una aportación del mayor interés personal acometida en los diferentes archivos señalados de la provincia en los que reunió los documentos necesarios que con sutileza ha matizado considerablemente.

A pesar de la concisión que se impone en esta clase de obras, estimamos asimismo la buena prosa del autor al manifestar sus ideas, razonadas a propósito y en la manera más propia que le estaba permitido en su práctica.

El libro va acompañado de datos que figuran facilitados por don Pedro Elósegui Irazusta y de unas excelentes ilustraciones del archivo Garmendía-Otegui-Elósegui, y de dibujos, de una gran calidad, debidos a su hijo, Iñaki Garmendía Galardi, además de una selección de fotografías bien distribuidas.

Por su amplitud y detalles, de los que se deducen resultados que permiten el análisis de una realidad social, constituye una aportación a la bibliografía vasca.

Hace el número 24 de la Colección «Documento», de las Ediciones de la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, y su publicación merece el mejor elogio por parte del aficionado, el escritor y las bibliotecas que desde ahora cuentan con un elemento más de información en la materia.

ANTONIO TOVAR. *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*. Alianza Editorial. Madrid 1980.

«Un problema que complica la vida política de nuestro país, con la insistencia de muchos vascos, a veces más allá de todo límite político y moral, y la resistencia de muchos no vascos, a veces sin moral ni política, proviene de la falta de ideas claras sobre estas cuestiones».

«El deseo de contribuir a la comprensión de la realidad» ha hecho que el autor haya dedicado una parte no pequeña de su trabajo al estudio de la lengua vasca, como nos dice en el prólogo de esta obra, cuya lectura es recomendable para cuantos deseen tener conceptos claros, vascos y no vascos.

Elementos poco o nulamente científicos han prevalecido en estos temas, achacable todo ello a que la ciencia en su aspecto crítico llega a España demasiado tarde y en los estudios vascos «la mitología terminó por convertirse en ideología, y la rutina y la ignorancia, en circunstancias desfavorables y peligrosas».

Un exceso de *Apologías*, un «tubalismo» generador de ciertos complejos, que todo lo cifraba en la antigüedad bíblica, ha enturbiado lo que parece bastante claro. Nada digamos de quienes consideraban la lengua vasca como nativa de toda la humanidad.

*El tema del vascuence en la Edad Media*, es el primer capítulo de esta obra donde se recogen gran cantidad de opiniones sobre dicha lengua, que no sabemos por qué llaman milenaria, pues todas lo son. Desde el Arzobispo de Toledo Rodrigo Ximénez de Rada (1175) (por no citar a S. Jerónimo y a S. Isidoro) «circulan» los hijos de Tubal por la geografía hispana, y éste hace una descripción lingüística de la Europa de entonces mencionando la lengua de los Vascones y Navarros.

Un capítulo titulado *Luces y sombras del Siglo de Oro* recoge juicios de Lucio Maríneo Sículo, que atribuía a España, como común, la lengua vizcaína hasta la llegada de los romanos y cartagineses.

Da una lista de palabras vascas con su traducción, lo cual tiene gran interés para nosotros.

Desfilan por las páginas de este interesante librito de Tovar los nombres de Juan de Valdés con su confusión entre vascos y cántabros y la supuesta lucha por la libertad de los indígenas contra los romanos; Antonio Agustín que no implicó el problema de la lengua vasca con la de las monedas ibéricas; Ambrosio de Morales contrario a la opinión de que la lengua primitiva fuese una para toda la Península, fundándose en las fuentes clásicas; Juan de Mariana con su manera épica de presentar la historia nacional, y tantos más que emitieron juicio sobre este medio de comunicación humana, con suposiciones ahora pintorescas para nosotros, que todavía continúan alimentando mentes ingenuas, pues llegan hasta el siglo XIX y tocan al propio Humboldt.

Destaca a Bernardo de Aldrete como antecedente de la gramática comparada y precursor de las leyes fonéticas, el cual a pesar de sus errores



(que en realidad no son propios), encajado en su tiempo tiene explicación y supone un avance para el estudio del origen de las lenguas románicas y sobre la situación lingüística de la Península. Tovar concede gran importancia a tal personaje, aun cuando disparatase en algunos puntos.

Pasa luego a exponer lo escrito por los propios vascos sobre su país, comenzando por Garibay. Este, respecto a lo lingüístico, alimentó muchas fantasías, que ahora vuelven a invadirnos, y salió en defensa del «tubalismo» y el vascuence como primera lengua de España. En la misma línea se mueve Pozas con sus desvarios etimológicos, y Echave, que no se queda atrás.

Mejor parado sale Oihenart, uno de los primeros que hablan de invasión desde Navarra sobre los países vasco-franceses.

En cuanto a Moret, pone de relieve su prudencia crítica y aunque supone una mejor postura, sin embargo incide en los mismos errores etimológicos y toponímicos que otros, y que seguirán luego con Larramendi y Astarloa.

Señala Tovar los prejuicios que perviven en un crítico como Moret para defender la pureza de sangre.

Dedica un capítulo a *La polémica de Larramendi y Mayans*, señalando la importancia de aquél en la lengua propiamente, y su aceptación de que fuese la primera de España. Cae en el «tubalismo» más radical.

El autor se extiende con Larramendi y sus exageradas opiniones: «los bascongados son los españoles legítimos... descendientes de los antiguos pobladores de España».

Alude a las absurdas explicaciones de términos romances que considera de origen vasco, así como a sus pretensiones de que los angeles en el Paraíso hablarían vascuence.

Perlas así dan una idea de lo recogido en este libro, que se lee con verdadero interés y asombro, y que entre las muchas fantasías de autores más o menos ingenuos, encierra opiniones, señala caminos y depura lo bueno que en unos cuantos siglos se ha escrito sobre la lengua vasca.

Atinadas observaciones de Mayans sobre los cambios en las lenguas y la variedad primitiva de las de la Península, y divergencia de opinión respecto a la invariabilidad de la lengua vasca propugnada por Larramendi y otros. A pesar de algunos errores, para el siglo XVIII y visto lo que se escribía sobre la lengua que nos ocupa, Mayans representa una postura moderna. Por cierto que dispuso del Vocabulario de Landucci. Como apunta Tovar, «es innegable el tono polémico contra Larramendi, el cual se enfrenta con Mayans, naturalmente».

Sigue nuestro autor el «método de extractar de estas obras antiguas y de lectura a veces difícil, cuanto sirve para presentar el pensamiento de sus autores, aunque a veces los argumentos se repitan». La verdad es que nos reflejan muy bien la polémica habida entre los dos personajes, de la que

se desprende la desbordante fantasía etimologista del jesuita en su intento de explicarlo todo, así como la obstinación suya en la tradicional identificación de cántabros y vascos, y su defensa de «la inalterabilidad de la lengua vasca».

Siguen luego opiniones de Garma y Salcedo, Henrique Florez, etc.

Titula el capítulo V, *La época de Astarloa: huída al Paraíso*. En este recoge datos de Traggia muy aceptables respecto a la lengua vasca y su formación. «Sabía que las lenguas cambian continuamente y no pueden mantenerse sin alteración». «La mentalidad histórica de Traggia se sobrepone a los prejuicios racionalistas sobre la vida de los idiomas».

Intervención de Martínez Marina en la polémica suscitada por la salida del libro de Astarloa, y buen sentido de Juan Antonio Moguel que a veces se impone a sus propias exageraciones, que no son suyas, sino más bien inspiradas en Larramendi. «El buen sentido y el conocimiento del excelente escritor que era Moguel brillan en todo cuanto no es etimología con el vascuence en el eje del mundo», dice Tovar.

Dedica el autor amplio espacio a Astarloa, que «representa una cumbre en los estudios vascos, a la vez que una exageración de la consideración de los méritos y particularidades del euskera». Recoge el estado de la época; se extiende en los «sonidos naturales», en las críticas y discusiones que suscitó con sus teorías; trata de cuestiones gramaticales detalladas. Le da la debida importancia, pero señala lo disparatado de tantas de sus hipótesis y de sus empeños por el idioma primitivo perfecto.

Recoge Tovar las diferencias de Astarloa con Traggia; la ida del primero a Madrid, la publicación de su *Apología* y la defensa del vascuence como lengua de nuestros antepasados; ingenuidades como la explicación del nombre *Navarra*, etc. Son páginas donde nuestro autor refleja el ambiente de la época, y sin duda todos leerán con interés las teorías, disputas, etc., suscitadas en todo momento por esta lengua cuya pervivencia en Occidente resulta insólita, y que desgraciadamente en el pasado tuvo apologistas emocionales como Larramendi, Astarloa, etc., cuyas explicaciones movieron a la indiferencia y al escepticismo.

En tiempos de mitificación como los actuales, cuando algunos vuelven a repetir los disparates de antaño, leer este librito es un descanso lleno de informaciones inestimables.

Recoge igualmente las opiniones del seguidor de Astarloa, Juan Bautista de Erro, que aplicó las doctrinas de aquél a la escritura haciendo el alfabeto ibérico padre del griego y del latino. En etimología continúa con las mismas fantasías, hasta en toponimia.

Pasa luego Tovar a Juan Antonio Conde y Juan Antonio Llorente, que desde su concepción del estado unitario polemizan duramente con los «paradisíacos» y «mitológicos», a los que desde el punto de vista lingüístico no era difícil combatir y ridiculizar.

El autor alude a la intervención subterránea de Godoy en este pleito, y a las implicaciones políticas que es fácil deducir.

El capítulo VI comprende desde Hervás a Humboldt. El primero no era un lingüista y aspiraba a ser un pensador original, «su interés por las lenguas no es más que un aspecto de su universal curiosidad» y sin embargo hay que reconocer su contribución a lo que será el comparatismo con su ordenación y clasificación de las lenguas, especialmente de continentes exóticos, para lo cual se valió de sus compañeros jesuitas. Con todo, no brilla en ese terreno, al decir de Tovar. Está influido por Larramendi en gran manera y vuelve a surgir en él el «tubalismo» que ya parecía desterrado. Los eruditos vascos de su época, con los que mantuvo relación, le influenciaron mucho y no siempre para bien.

El autor hace un resumido pero completo análisis de la obra de Hervás en lo relativo al vascuence, y resalta sus aciertos (p. ej. el período semanal).

Tras un breve estudio de Masdeu, cuyas ideas «no llegan a ser muy claras», en el que nota la dependencia de Moret y Larramendi con sus argumentos lingüísticos, incluso en la toponimia, pasa a Guillermo de Humboldt y sus relaciones con Moguel y Astarloa. Exposición concisa y densa de la dedicación del sabio prusiano a la lengua vasca, sus errores y aciertos, la huella de Larramendi y Hervás, pero también sus divergencias con Astarloa. «No llega a liberarse de tantas ingenuidades como hallamos en los que le transmitieron la curiosidad por el problema». Lamenta Tovar que el alemán fuese poco generoso al tratar de Hervás. Pone de relieve su metodología y ve en él ya la moderna lingüística histórica.

A pesar de los resabios etimológicos del pasado, concede a este autor toda la importancia que tiene en la lingüística vasca, cuya tesis vasco-iberista tuvo tantos seguidores.

Titula otro capítulo: *Edad todavía precientífica*, donde aparecen Cánovas y Fernández Guerra, y su postura ante el país vasco en el aspecto histórico. Alude al P. Fita y a su conocimiento del tema, aunque disparatase en toponimia.

Opiniones de Arana-Goiri; sus pretensiones en lo que llamaríamos «limpieza de sangre». «No era un espíritu científico, ni pretendió nunca pasar por tal (...) formuló unos cuantos principios históricos y lingüísticos, sin preocuparse de fundamentarlos ni discutirlos», dice Tovar. Hace alusión a sus «dogmas», a la rapidez con que fijó sus ideas, incluso en el orden lingüístico, como se ha dicho, «y comenzó a actuar y luchar por llevarlos a la práctica».

Polémica con Unamuno: no le perdonaba «que quisiera ser a la vez vasco y español». Alusión al sistema onomástico que crea, que, según Azkue, «convirtió a los vascongados en la Tartaria occidental».

«Es injusto evidentemente tratar los escritos de Arana-Goiri como los de un científico. Es un fundador de partido, un convencido de sus ideas,

que trata de convencer y por eso no necesita justificar sus innovaciones, ni las explica, sino que procura imponerlas».

Refleja muy bien Tovar lo que había en este personaje, cuyo racismo no parece discutible.

Sigue nuestro autor con Fernández y González, Amador de los Ríos, Cejador, etc., hasta llegar al capítulo de *La desmitologización*, con extenso comentario sobre Unamuno y la lengua vasca, cuyo prolijo análisis nos sería difícil recoger; creemos que nadie con una mediana preocupación por estas cosas dejará de disfrutar con la labor realizada por Tovar.

La falta de sentido de la crítica quiso ver en el Rector de Salamanca un enemigo de su tierra. Nada más lejos de la realidad, y si tuvo que buscar otros climas donde desarrollar su genio, no es culpa suya, sino del medio hostil en que surgió. Estuvo libre de ciertas fantasías que aún hacían estragos, con conceptos lingüísticos ya modernos, cosa que en Arana no hallamos.

En cuanto a la raza «el problema de los orígenes étnicos de los vascos le parece con razón aún más complejo e inaccesible, y considera el método lingüístico el más aplicable». Nadie le negará su amor a la lengua y el valor de su aportación a ella, desechando teorías absurdas y revisando cuanto se había hecho anteriormente. Se resistió a aceptar la teoría vasco-iberista. Fue pena que abandonara los estudios lingüísticos, dice Tovar, para emprender la carrera de pensador y escritor.

Termina el libro que comentamos con *Lo que se sabe del vascuence*, ligera revisión de teorías y opiniones. Labor meritoria que no dudamos satisfará con creces a todos los interesados por la lengua vasca y por cuanto de ella se ha dicho desde épocas bien remotas. Nadie quedará defraudado con su lectura, que en momentos apasiona, a pesar de la materia, por el magistral modo con que ha sido tratada.

Manuel Agud

JOSE M.<sup>a</sup> SATRUSTEGUI. *Mitos y Creencias*. Ed. Txertoa. San Sebastián, 1980.

Este volumen debe verse desde dos puntos de vista: uno positivo en el sentido de valoración de elementos culturales primitivos, y otro no diremos negativo, sino discutible en cuanto a una trayectoria histórica.

Lo primero es altamente estimable ya que recoge un conjunto de tradiciones aún persistentes en medios rurales.

Lo segundo encierra una cierta contradicción con la realidad, pues la razón es precisamente la superación del mito. Si éste es un intento de concepción del mundo prerracional con todas sus limitaciones y deficiencias, el nacimiento del pensamiento crítico supone una visión del mundo basada en el análisis intelectual, con el paso del mito al «logos», que es

sobrepasar un estadio previo de la humanidad entregada a las fuerzas iniciales y telúricas.

Ahora bien, esos mitos que alimentaron al hombre en el período oscuro, desgraciadamente se han ido perdiendo y es importante salvar lo que queda, como recuerdo de una etapa en el devenir de la vida humana.

Y esas viejas creencias, esos rituales, esas tradiciones más o menos antiguas, que nutrieron las almas de nuestros antepasados y que afortunadamente se han conservado en los rincones de la cultura agrícola y pastoril, son los que nos trae el volumen que comentamos. Pero recogerlas y estudiarlas no significa que hayamos de remontar la historia desandando, so pretexto de identidades más o menos discutibles, el largo camino que ha seguido la civilización; por eso recibimos estos testimonios del pasado como supervivencia de una etapa cuyo testimonio se ha perdido en otros sitios, aun cuando la verdad es que en todos los pueblos no sometidos a la civilización urbana tales testimonios todavía persisten y nos hacen ver semejanzas que no son meras coincidencias, sino reminiscencia de épocas comunes.

Hace el autor algunas observaciones sobre la devaluación del mito, como él dice (nosotros diríamos, de la palabra «mito»), y aunque es verdad que «puede tener, en medio de sus limitaciones, aspectos válidos que escapan a los postulados de la ciencia», tampoco es creíble que ascendiendo al mito inicial nos sea dado elaborar una historia distinta de la que la humanidad ha forjado.

Analiza la naturaleza del mito desde el valor que puede tener en los albores de la civilización, su carácter colectivo (cosa quizá no tan clara), etc., para entrar primero en el estudio particular de los *mitos cosmogónicos*.

*El agua ritual del año nuevo* y el mito de los *orígenes* y del *eterno retorno*. Se valora una vuelta a las fuentes primigenias y se sostiene que «lo que pasó *ab origine* es susceptible de repetirse por la fuerza de los ritos». Recoge tradiciones conservadas de formas más o menos concomitantes en las zonas rurales de Navarra (Baztán, Santesteban, etc.).

El culto al sol con la acumulación de elementos irracionales en contraste con el progreso posterior científico. La importancia del agua en la *Sanjuanada*, y las *hierbas*. Diversos tipos de éstas y vinculaciones a la curación de enfermedades (el espino blanco, la bardana, etc.).

El fuego y las hogueras de San Juan. Sentido y persistencia de interpretaciones arcaicas en múltiples lugares, donde lo mítico sustituye a la historia y a la crítica. San Juan como continuador de las celebraciones solsticiales del verano contra las enfermedades, las plagas del campo, los malos espíritus, etc., pero en el fondo hay una persistencia del culto solar en ese valor dado al fuego. La importancia medicinal de saltar o pasar sobre él y de la conservación del rescoldo.

En otro capítulo se ocupa el autor de los *personajes míticos del folklóre vasco*.

Conjuros y bendiciones. La fiesta de San Marcos, la Cruz de Mayo. Conjuro y tormentas.

*Mari*, el personaje más relevante de las tradiciones vascas y su enorme influencia en la mentalidad rural. Diversas explicaciones sobre su origen; oposición de esta figura a lo que sea cristiano. Sus relaciones con los simples mortales en la Dama de Ámboto, etc.

Ha recogido el autor una enorme cantidad de datos que van configurando tal personaje con una vitalidad notable a pesar de los tiempos que vivimos. Relación con otros mitos.

Leyenda del Dragón, de extensión universal, concretado aquí en el término vasco *berensuge*. Valor del mito de la serpiente en Oriente y su interpretación en el país vasco-navarro. Particularización en el culto a San Miguel y en el personaje Teodosio de Goñi. Importancia posterior del Santuario, como medicinal incluso. El autor cree que la fundación de esa iglesia en el lugar «responde a criterios de prestigio e influencia que las antiguas creencias, muy arraigadas en el pueblo, ejercían a través de ese centro de irradiación religiosa».

La leyenda del *Basajaun*, como símbolo de Genio del bosque ha sido rastreado en múltiples matices conservados en distintos rincones de la geografía navarra. «Personificación de la energía misteriosa que sacude los bosques ante la mirada atónita e inoperante del hombre».

Tradiciones orales múltiples sobre los *gentiles*, seres concebidos por el pueblo como descomunales. Oposición al Cristianismo en el aspecto religioso. Versiones varias dentro del propio país vasco.

Según el autor, «a la luz de los datos concretos que han llegado hasta nosotros, es posible que las luchas fronterizas entre guipuzcoanos y navarros, en el siglo XIII, hayan dado origen al mito de los gentiles».

Leyenda del Cíclope vasco o Tártalo, que se corresponde bastante bien con el de la Odisea.

Termina el libro con los *héroes culturizadores*, que conciernen a las actividades del hombre y al logro progresivo de técnicas e instrumentos eficaces para sus labores.

Los animales salvajes como ayuda del hombre, p. ej., el carbonero de Urbasa y el oso.

La agricultura y San Martín de Tours.

Finalmente la industria. Los avances técnicos dan su carácter también a los héroes culturizadores, y principalmente a los herreros.

Todas estas leyendas que serían la explicación del mundo por el hombre ante su contorno, han ido cediendo frente al pensamiento crítico y la explicación racional y científica de los fenómenos, pero en los medios rurales, apegados a la rutina más que a la tradición, ha persistido todo ese caudal que bien está como historia de un pasado remoto, pero que no puede su-

plantar a lo que ha sido su evolución. ¿Que pudo haberse producido una evolución distinta? ¡Quizá!; pero al fin evolución, que es cultura y progreso.

Es importantísimo recoger ese material, mas no para retroceder a un punto X con el fin de reelaborar una historia distinta (pero ¿qué historia?), como actualmente pretenden los mixtificadores de esa materia.

El mito y las creencias de él derivadas son un estadio inicial de la civilización, que es la encarnación material de la cultura, la cual ha sido acumulación de variadísimos elementos que no sólo no han oprimido, como algunos pregonan, sino que han racionalizado lo que pertenece a un estadio pre-racional.

*Manuel Agud*

ANUARIO del Seminario de Filología Vasca «J. de Urquijo», XII-XIII (1978-1979). Diputación Foral de Guipúzcoa. S. Sebastián.

En breve espacio de tiempo han aparecido dos volúmenes (del 2.º nos ocuparemos luego), subsanando el retraso que con frecuencia sufría esta publicación por motivos diversos.

En este volumen doble se recogen trabajos de Pedro de Yrizar, M.<sup>a</sup> Jesús Soto, Angel Zelaieta, Luis Michelena, José M.<sup>a</sup> Satrústegui y Karnele Roetxe.

Con su estudio *Sobre el pronombre personal «i(r)ek» y las flexiones verbales correspondientes*, hace P. de Yrizar un resumen de diversas opiniones (Zabala, Bonaparte, Vinson, Azkue, Campión) respecto al uso de esta forma aislada, cuya existencia es real aunque de uso limitadísimo geográficamente. Se hace eco de la divergencia entre Vinson y Bonaparte sobre dicho pronombre. Previo interesante análisis comparando con la forma de singular y con la 2.<sup>a</sup> persona *zu*, concluye: «es evidente que tanto el pronombre *iek*, *irek* (cuyo enfático o intensivo es *euek*, *eurek*), como algunas formas verbales correspondientes al mismo, se utilizan (o se han utilizado) en zonas netamente vasconas».

Admite que son formaciones secundarias «construidas analógicamente sobre las flexiones correspondientes al pronombre *i*, *hi*, de modo espontáneo e instintivo por grupos o núcleos de población muy reducidos».

M.<sup>a</sup> Jesús Soto, con *El Lexicón de «Refranes y Sentencias de 1596»* ha recogido el léxico de esta obra. Pese a la advertencia previa que se hace, quizá no debiera haber prescindido de la recopilación de los Refranes, pues aunque fueron publicados, por la propia dispersión de los lugares en que aparecieron se hace difícil acceder a ellos en conjunto para su estudio partiendo del mencionado vocabulario.

Una muy breve introducción, apoyada en Urquijo y Michelena principalmente, trata de situar la obra dentro de la literatura vasca, sus ca-

racterísticas, hipótesis sobre posible autor, ediciones, ángulo de estudio, y unos preliminares metodológicos con indicación de cómo se elabora cada enunciado.

Comparando con lo que en su día publicó J. Gorostiaga, *Vocabulario del Refranero Vizcaíno de 1596*, supone una notable ampliación y viene a aumentar el conocimiento de la lexicografía vasca, tan desperdigada todavía en obras que necesitarían un tratamiento similar a ésta. El reparo que pudiera ponerse es la brevedad de la introducción y un más amplio aparato crítico; pero son defectos mínimos comparados con la intención del estudio.

Respecto a la presentación de los epígrafes hubiéramos preferido la grafía tradicional en primer lugar y entre paréntesis la actualizada.

En el mismo terreno del vocabulario, Angel Zelaieta con su *Peru Abarca-ren Hiztegia* nos ofrece el despojo lexicográfico de los seis diálogos de la «novela» de Moguel, con la traducción en castellano y expresiones que se encuentran en éste.

Muchos términos cuentan con un comentario, notando voces no recogidas por Azkue, según él (aunque en esto hay algunos errores).

La recopilación está elaborada exclusivamente con vistas al vasco-hablante, lo cual puede quitarle una estimable audiencia.

Luis Michelena en *El texto de PERU ABARCA* destaca el provecho que puede obtenerse de la lectura de *El doctor Peru Abarca*, en la medida en que el pasado configura el presente y aun el futuro, y señala lo próximo que este autor está de nosotros.

Hace diversas consideraciones sobre la persona de Moguel, así como de sus obras adaptadas a un público que conocía bien. De ahí la diferencia entre lo dirigido a personas sencillas y la riqueza en todos los sentidos de *Peru Abarca* dirigido quizá a eclesiásticos letrados.

Este autor es el primero que «ha defendido la prioridad de la lengua sobre el fuero, de lo cultural sobre lo estrictamente político».

Expone Michelena las vicisitudes del manuscrito antes y aun después de su publicación, así como la existencia de otras copias.

Alude al artículo de A. Zelaieta (que antecede a éste en el presente ANUARIO), el cual sólo trata una parte del vocabulario y donde «no siempre se ve con claridad... el carácter extremadamente heterogéneo de las voces que en él se recogen» (contraste entre el lenguaje de Peru y el de Maisu Juan, y elevación de estilo en las versiones del latín). Señala la mezcla de dialectos.

Observaciones y correcciones al texto aparecido en 1881 sobre el Ms. de Zarauz. El editor no ha sido escrupuloso y ha cambiado cosas a su gusto. En otras ocasiones ha corregido malas lecciones del manuscrito.

Estudia en particular una serie de términos que aclaran conceptos y subsanan gran cantidad de errores, a la vez que rectifica algunas cuestiones



de Zelaieta, entre ellas sobre el significado del vocablo *basco*. Interés del epígrafe.

Michelena, a la par que la edición respecto al ms., analiza lo dicho por Zelaieta, aclarando posibles incorrecciones.

Termina con unas observaciones de carácter gramatical referidas a las oraciones de relativo, algunas construcciones anómalas de Moguel, etc.

J. M.<sup>a</sup> Satrústegui en su *Contribución al fondo de textos antiguos vascos*, recoge testimonios de la lengua vasca desde principios del siglo XVI, entre ellos el de un proceso matrimonial en Zufá, inmediaciones de Estella (del que ya trataron Irigaray y Michelena), más las cartas de una abadesa de Azpeitia de 1622, un proceso de Leiza de época aproximada, etc. Son elementos sueltos y aunque en cierta manera bastante tardíos algunos, tienen interés dialectal principalmente, y por lo que significan respecto a la extensión de la lengua vasca en algunas zonas de Navarra.

Karmele Rotaetxe en *Nominalizadores y complementarizados en euskara* hace algunas enmiendas a lo expuesto en su tesis doctoral (*Estudio estructural del euskara de Ondarroa*), en la cual las prisas de edición no permitieron a la autora una revisión apropiada. Las correcciones afectan a datos sobre *nominalizaciones* y las posibilidades de complementación nominal ofrecidas por éstas en la lengua vasca, pero limitado al dialecto de Ondarroa.

Los nuevos datos permiten a la autora «una interpretación más sistemática de los hechos», y afectan a las formas consideradas gramaticalmente como genitivo. Parangona lo expuesto en la Tesis con las nuevas correcciones.

De las observaciones sobre nominalizaciones se desprende que en el vasco estudiado es costosa la complementarización. Señala distinto comportamiento entre el oriental y el occidental.

Con este estudio se aclaran ciertos puntos y se completan otros de los expuestos en la mencionada tesis doctoral.

M. AGUD

ANUARIO del Seminario de Filología Vasca «J. de Urquijo», XIV, 1980.

Comprende colaboraciones de F. J. Oroz, P. de Yrizar, Luis Michelena y G. M. Verd.

F. J. Oroz Arizcuren en *Vicisitudes de un Padrenuestro en vasco en el siglo XVII*, a propósito de un artículo que preparó el autor para el Homenaje a Eugenio Coseriu sobre el *Parergon* de Vulcanius, intenta rastrear las huellas, antecedentes, ediciones, sobre todo de un Padrenuestro en vasco, tomado de la traducción de Leizarraga, contenido en esa obrita dedicada a esta lengua a finales del siglo XVI, por tanto de los primeros testimonios.

El estudio, aunque breve, es de gran profundidad. Establece una especie de árbol genealógico con variantes, rectificación de errores, etc., a partir del

original de Leizarraga en 1571 tomado por Vulcanius (1597) y que pasó a Megiserus (1603), Waserus (1610), etc., hasta la *Oratio dominica* de Ausburgo (1700). Compara las diversas versiones, aporta lo dicho por otros autores que posteriormente se han ocupado de él. Lleva a cabo un trabajo crítico denso, que puede considerarse como modelo en el estudio de un texto, tanto desde el punto de vista interno como externo. La minuciosidad a que llega sobrepasa lo que el texto parece, el cual adquiere el valor de mayor entidad.

Dato a señalar son las notas bibliográficas. Estas dan idea de lo a fondo que ha entrado el autor en su tema y cómo agota todas sus posibilidades.

Pedro de Yrizar titula su artículo, *Sobre las formas verbales vizcainas con objeto indirecto de segunda persona*.

Expone comparativamente flexiones con objeto indirecto de 2.<sup>a</sup> persona, frente a las correspondientes a objeto indirecto de 3.<sup>a</sup> persona. Adopta dos disposiciones sucesivas de las mismas flexiones, como él mismo dice: A) la más adecuada desde el punto de vista práctico, B) la más lógica con arreglo a la estructura gramatical.

El autor ha contado en su encuesta con buenos informadores; ha obtenido datos de muy distintas fuentes, y lo que nos ofrece es la elaboración de ellos en unos cuadros muy completos. El I de flexiones con objeto indirecto de 2.<sup>a</sup> persona corresponde a 35 lugares diferentes con 45 columnas de formas verbales, por existir en algunos pueblos más de una fuente. Abarca la totalidad de las flexiones de presente y de pretérito de indicativo en la 2.<sup>a</sup> persona. El cuadro II comprende 9 flexiones de 41 pueblos.

Hace un buen análisis de los materiales, con observaciones sobre pronunciación, grafía, etc.

En el Cuadro III aparecen variedades de Marquina y Guernica, Bermeo, Plencia, Arratia, Orozco, etc.

En el examen comparativo de lo recogido en los Cuadros señala las «características específicas de las formas familiares correspondientes a las flexiones con objeto indirecto de 2.<sup>a</sup> persona».

El trabajo está en la línea acostumbrada del autor, que tanto ha hecho siempre por la dialectología de la lengua vasca.

Luis Michelena en *Notas lingüísticas al nuevo bronce de Contrebia* se ocupa de este documento (publicado por Guillermo Fatás en el Bol. de la R. Acad. de Historia de 1979), con breves indicaciones sobre las grafías «para una mejor valoración de los hechos fonológicos subyacentes del epígrafe latino fechado en el 87 a. C.».

Pone de relieve la corrección técnica tanto en términos de Derecho romano, como en el aspecto de la lengua en una época en que la indígena «gozaba todavía de envidiable vitalidad en los mismos aspectos».

En la grafía no se aparta de las demás inscripciones hispanas del período republicano, manteniendo rasgos conservadores (*rivom, solvonto*), con nota-

ción de geminación consonántica, acerca de la cual se extiende el autor comparando el fenómeno con otros dialectos indoeuropeos y no de raigambre céltica, como podía ser Botorrita, sino los astures. En Contrebia sospecha del distinto valor de *ll* en los *Allauonenses* (*Alaun*) y en los *Salluenses* (de *Saltuie*).

Señala la carencia del diptongo *ou* y el arcaísmo *ai* frente al corriente *ae*. Uso de *ei* en contraste con *i* (*scriptei, quei*), y no sólo en fin de palabra. Alguna muestra de *i* por el antiguo diptongo. Comparación con la situación ibérica.

Predominio de nombres de tipo celtibérico en Contrebia. Carácter ibérico de otros nombres y resonancias vascas en algunos (*SEIHAR*).

Incluye la reproducción del texto de Contrebia y el mapa con los límites probables de los grupos étnicos y lingüísticos colindantes en el curso medio del Ebro a principios del siglo I a. C. (tomados del artículo de Fatás, como anota el autor).

En resumen, un breve pero minucioso estudio de este nuevo documento de Botorrita.

Gabriel M. Verd titula su artículo, *Sobre la cuestión ibérica*.

Parece difícil proponer nuevas hipótesis respecto a tan debatido tema, y sin embargo el autor se enfrenta con él de una manera coherente y razonada partiendo de lo dicho por quienes en distintas épocas se ocuparon de ello.

Expone el estado de la cuestión según las opiniones de Lafon, Tovar, Michelena, Hubschmid, Guiter, Caro Baroja, etc.

Ya estos autores se mostraron reservados en el intento de dilucidar el problema y, a pesar de un cierto rechazo en aceptar posibles relaciones entre el ibérico y el vasco, con las naturales reservas, nunca descartaron radicalmente la probable relación.

A la vuelta de los años y tras un análisis muy bien planteado, del cual lo menos que debe decirse es que el método propuesto ha de ser tenido muy en cuenta, insiste con argumentos válidos en que no es admisible desechar sin más las hipótesis del vascoiberismo, postura que ya venían adoptando fundamentalmente Michelena, Tovar y algún otro.

Contra el argumento de la *intraductibilidad* respecto a entender el ibérico por el vasco, expone varios supuestos referidos a lenguas románicas; p. ej. el francés respecto al latín: si no hubiera otras lenguas del mismo tipo y sólo existiera un limitado número de lexemas de esas dos lenguas, sería muy difícil establecer una relación. Los ejemplos que cita llaman sin duda la atención y nos inclinan a no negar la posibilidad de conexión en algún sentido del vasco con el ibérico aplicando el mismo método. Algo similar ocurriría con los morfemas.

Se refiere a los índices de pérdida de palabras según Andersen, a «lo que sabemos del paleovasco», y a las sugerencias de Oroz sobre los préstamos en el ibérico.

Un apartado trata del binomio vascoiberismo y vascohispanismo.

Sin afirmar dogmáticamente nada, señala un camino para continuar profundizado en este terreno, que al menos elimina en el tratamiento del tema la negativa respecto a la relación.

Queda, en cambio, en peor situación el vascocaucasismo.

En cuanto a la hipótesis de B. Estornés, de considerar el vasco lengua de expansión que llegó al próximo oriente, es decir, el camino inverso del que suele sostenerse, no merece atención. En su valoración le parece minorativo que el vasco pueda ser un descendiente del ibérico, por tanto quiere suponer un criterio opuesto al consagrado.

En fin, es un trabajo breve, pero que creemos merece repensarse. No es el tipo de estudios más o menos fantasiosos a que algunos diletantes nos tienen acostumbrados desde hace mucho tiempo.

*M. AGUD*